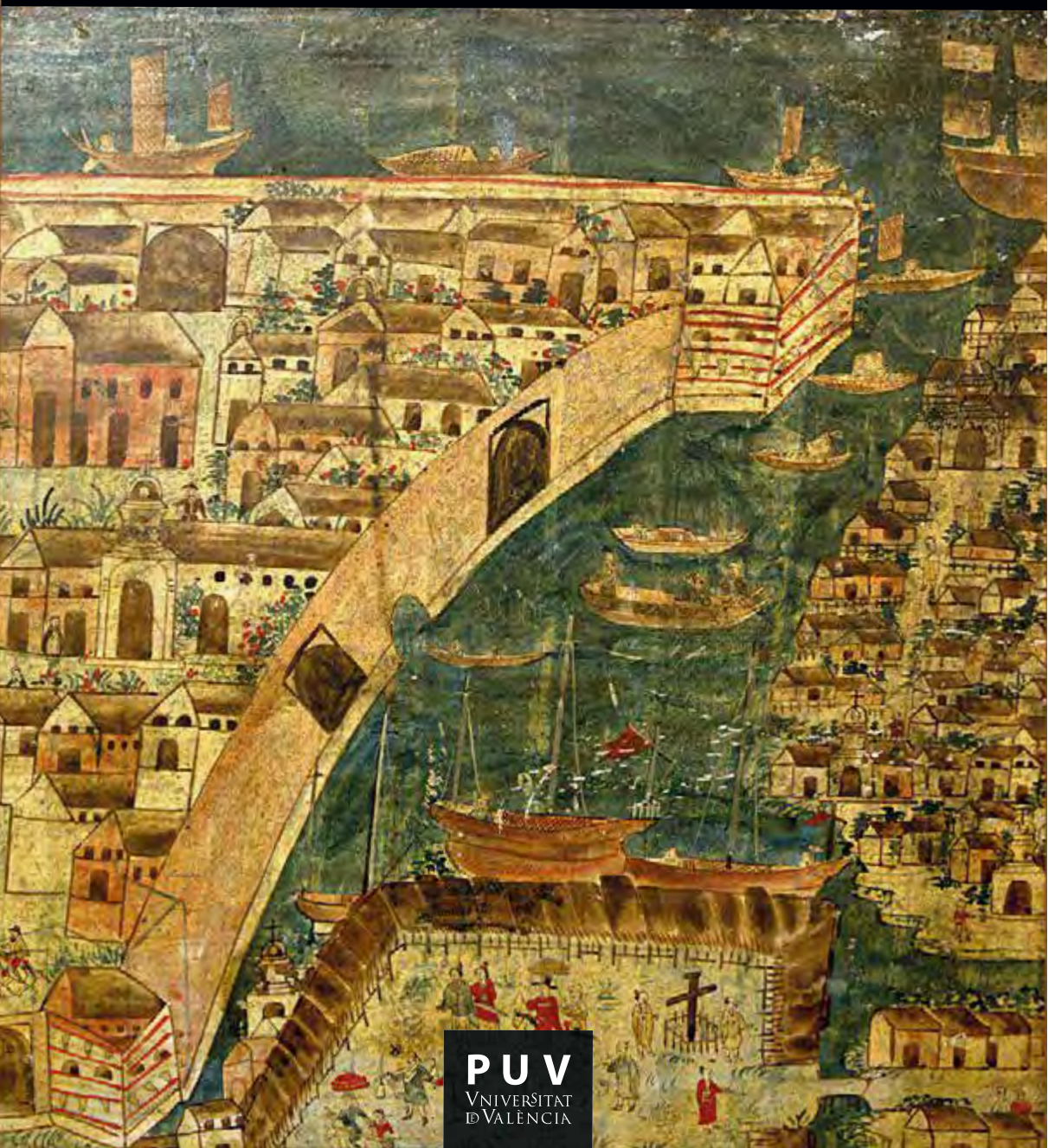


Paulina Machuca

SOCIEDAD Y DESASTRE EN LAS FILIPINAS DEL S. XVII

El temblor de San Andrés de 1645



SOCIEDAD Y DESASTRE
EN LAS FILIPINAS DEL SIGLO XVII

EL TEMBLOR DE SAN ANDRÉS DE 1645

DIRECCIÓ

Mónica Bolufer Peruga (Universitat de València)
Francisco Gimeno Blay (Universitat de València)
M.^a Cruz Romeo Mateo (Universitat de València)

CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL

Pedro Barceló (Universität Potsdam)
Peter Burke (University of Cambridge)
Guglielmo Cavallo (Università della Sapienza, Roma)
Roger Chartier (Collège de France)
Rosa Congost (Universitat de Girona)
Mercedes García Arenal (CSIC)
Sabina Loriga (EHESS)
Antonella Romano (CNRS)
Adeline Rucquoi (EHESS)
Jean-Claude Schmitt (EHESS)
Françoise Thébaud (Université d'Avignon)

SOCIEDAD Y DESASTRE
EN LAS FILIPINAS DEL SIGLO XVII
EL TEMBLOR DE SAN ANDRÉS DE 1645

Paulina Machuca

*Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información,
en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea fotomecánico, fotoquímico,
electrónico, por fotocopia o por cualquier otro, sin el permiso previo de la editorial.*

© Paulina Machuca, 2025

© De esta edición: Universitat de València, 2025

Publicacions de la Universitat de València

<https://puv.uv.es>

publicacions@uv.es

Ilustración de la cubierta:

Arcón filipino del siglo XVII. Museo José Luis Bello de Puebla

Coordinación editorial: Amparo Jesús-Maria Romero

Corrección: Letras y Píxeles, S. L.

Diseño de la cubierta: Celso Hernández de la Figuera

Maquetación: Inmaculada Mesa

ISBN Colmich: 978-607-544-287-7

ISBN: 978-84-1118-641-4 (papel)

ISBN: 978-84-1118-642-1 (ePub)

ISBN: 978-84-1118-643-8 (PDF)

Edición digital

A Thomas, caminante sobre mar de viento

ÍNDICE

PRÓLOGO, por <i>Virginia García Acosta</i>	11
INTRODUCCIÓN	25

PRIMERA PARTE

LA TRANSICIÓN ARQUITECTÓNICA EN ENTREDICHO

1. La paja y la piedra: dos visiones encontradas	49
2. El recuento de los daños tras el sismo de San Andrés	69

SEGUNDA PARTE

LA GESTIÓN DEL DESASTRE

3. (Des)organización social y carestía	97
4. Reconstruir «Nínive penitente»: tres respuestas a distintos niveles	115

TERCERA PARTE

FRAGILIDADES INTERNAS Y EXTERNAS

5. La comunicación fracturada desde el «Tercer mundo»	141
6. Sublevación en la Pampanga tras el sismo	163

CUARTA PARTE

EXPLICACIONES CIENTÍFICAS Y RELIGIOSAS DE LOS SISMOS

7. Entre Panlinugun y Aristóteles: dos explicaciones sobre el origen de los sismos	181
8. El escuadrón del divino castigo: interpretaciones religiosas sobre el origen de los sismos	195

CONCLUSIÓN: Filipinas, un archipiélago de certezas sísmicas..... 219

ANEXOS

 Anexo 1. «Relación inédita del jesuita Francisco de Roa sobre el terremoto
 que sucedió en las islas Filipinas a 30 de noviembre del año 1645
 a las 8 de la noche», *Paulina Machuca* 225

 Anexo 2. «Dos relaciones de sucesos manileñas del padre Fayol (1647)»,
 Jorge Mojarro 243

BIBLIOGRAFÍA..... 273

ÍNDICES DE FIGURAS, MAPAS, TABLAS Y GRÁFICOS 291

PRÓLOGO

La relevancia del contexto en el estudio de los sismos históricos

Sociedad y desastre en las Filipinas del siglo XVII es una obra destacada dentro de la literatura histórica sobre desastres en general y sobre temblores en particular. La historia sísmica del archipiélago filipino, desde una perspectiva social y analítica, cuenta ahora con esta relevante contribución. Se suma a las importantes aportaciones que le antecedieron, de historiadores y geógrafos como Greg Bankoff, J. C. Gaillard y Jorge Mojarro. Por ello, y por otras razones que expondré a lo largo de este prólogo, me resultó muy placentero y motivante responder a la grata invitación que me hiciera Paulina Machuca para escribir algunas reflexiones sobre su libro. Un texto que, escrito con muy buena pluma, nos lleva de la mano en un recorrido por la historia de ese país insular en general y de Manila en particular, teniendo como hilo conductor el temblor ocurrido el 30 de noviembre de 1645. Cada capítulo y cada apartado están llenos de enseñanzas y de sorprendentes hallazgos; sus títulos son sugerentes y atractivos. Además, quiero señalar el alcance de la inclusión de imágenes que acompañan a los textos. Los mapas, las fotografías, los cuadros y los gráficos resultan ser no solo un complemento, sino información en sí mismos. Se comprueba que nuestros libros pueden ser buenos y bellos a la vez.

Acudir a preguntas que la autora lanza al inicio de los apartados, algunas de las cuales podrían haber salido del mismo interesado al ir leyendo el texto, e ir las resolviendo a lo largo del apartado correspondiente, resulta una práctica muy didáctica y esclarecedora. Conduce al lector hacia su respuesta a partir de escudriñar en la gran cantidad de material reunido para ello.

Resulta claro en el trabajo de Paulina la necesidad de conocer, describir y analizar el contexto, el cual conoce y presenta con extremado cuidado y detalle. El temblor de Manila de 1645 fue el eje con el que se reconstruye, literalmente, la realidad filipina de mediados del siglo XVII, tanto interna como externamente, en los ámbitos político, social y económico, no ciñéndose

exclusivamente al año del temblor, sino siguiendo la perspectiva de la larga duración braudeliana. Muestra, de manera notoria, un proceso en cuyo devenir el sismo de San Andrés resultó ser un detonador para, a partir de su ocurrencia, profundizar, ver y entender una realidad de la historia moderna de un archipiélago del sudeste asiático que agrupa varios miles de islas, que albergaba alrededor de cuarenta mil habitantes, de los cuales un poco más del 20 % se concentraban en Manila.

Se trata de un estudio cuidadoso que se enmarca claramente en la línea de investigación que hemos denominado «Estudio histórico-social de los desastres» que, en este caso referido específicamente a temblores, permite plantear e ir respondiendo a preguntas pertinentes como: ¿por qué estudiar sismos históricos?, ¿para qué estudiar sismos históricos?, ¿cómo estudiar sismos históricos?

Los científicos sociales de diversas disciplinas, desde los inicios del siglo XX, se han dedicado al estudio de los desastres, particularmente aquellos relacionados con amenazas naturales como son, precisamente, los temblores. Primero fueron los sociólogos y geógrafos, y más tarde, a mediados de ese siglo, los antropólogos, quienes realizaron estudios que ahora consideramos pioneros sobre eventos desastrosos asociados con tifones, erupciones volcánicas y, por supuesto, sismos, privilegiando el sudeste asiático, que era por aquellas épocas una de las regiones predilectas para llevar a cabo trabajo antropológico de la «otredad». Como ejemplos tenemos los estudios realizados por C. Belshaw (1951), F. Keesing (1952), A. C. Wallace (1956), D. Schneider y J. Spillius (1957). A ellos se sumaron de manera importante los historiadores.

Los estudios llevados a cabo en este campo han demostrado que las amenazas naturales, sean sismos, huracanes o lluvias extraordinarias, actúan como detonadores de condiciones críticas preexistentes, que son las que provocan verdaderos desastres. Sismo y desastre, huracán y desastre no son sinónimos, no deberían serlo. La realidad histórica y contemporánea ha mostrado que son la acumulación de vulnerabilidades junto con la persistente construcción social del riesgo, la falta de prevención y la acumulativa pérdida de resiliencia los factores principales que determinan los procesos de desastre, que generan cada vez mayores y nefastos impactos a escala mundial, particularmente en el así denominado sur global.

Pero, aunque parezca paradójico, las amenazas naturales pueden ser detonadores también de procesos positivos y productivos. Eso es lo que ocurrió en México con el sismo del 19 de septiembre de 1985 y su réplica del día siguiente, pues fueron el germen de esa línea de investigación que se ha desarrollado de manera fructífera, particularmente en México y Améri-

ca Latina, y cuya premisa central es que los desastres son procesos que se construyen históricamente, no son naturales en sí mismos.

¿Qué es entonces el estudio histórico-social de los sismos? Como hemos venido señalando, constituye un campo especializado que atiende, en principio, a la recuperación y el análisis de información y testimonios sobre sismos y otras amenazas naturales, material localizado en archivos, hemerotecas, bibliotecas públicas y privadas, y que ha sido vertido, en primera instancia, en catálogos históricos. Estos pretenden reunir todos los datos reportados sobre una determinada amenaza natural, ordenados cronológicamente. A diferencia de los listados, también denominados cronologías, que se elaboraron a lo largo del siglo XIX y principios del XX, cuyo interés central era plasmar la información correspondiente a la etapa preinstrumental de la sismología en el mundo y que incluían datos generales sobre fecha, ubicación, cálculos de intensidad e incluso magnitud, los catálogos que conformamos los científicos sociales, además de incluir esos datos sobre día, mes, año, hora y lugar, reúnen toda la información relacionada con el antes y el después de la ocurrencia del temblor en la sociedad en la que este se presentó. Es decir, los datos tan anhelados para que especialistas del mundo social puedan llevar a cabo análisis documentados sobre los más diversos asuntos: políticos, religiosos o económicos, relacionados con el poder y con las cosmovisiones, con las interpretaciones científicas y su evolución con el paso del tiempo, así como con las concepciones religiosas, e incluso llevar a cabo comparaciones temporales y espaciales.

Un interés central, en el caso de este tipo de catálogos elaborados para el caso mexicano, tanto a escala nacional como regional e incluso estatal, y que existe para algunos otros países latinoamericanos (Brasil, Colombia, Costa Rica, Perú, Venezuela), ha sido la respuesta social, tanto oficial como privada, tanto comunitaria como personalizada, pensando en particular qué es lo que las sociedades que viven en permanente riesgo sísmico han hecho históricamente ante la presencia de un temblor, de un terremoto.

Lo anterior ha permitido llevar a cabo estudios de caso, generales o específicos, buscando responder preguntas exhaustivas o detalladas que, complementadas con trabajo de archivo y bibliográfico, permiten llegar a resultados tan reveladores como el de este libro, dedicado en su totalidad al estudio del contexto alrededor de un temblor, el de Manila en 1645. Pocos estudios de caso comparables podemos mencionar que, igualmente centrados en un espacio y una temporalidad particular, problematizan la presencia de una amenaza natural o de un extremo climático. Tomando solo el caso de temblores en América Latina y de corte específicamente histórico, destaco aquellos relativos al temblor de 1812 en Venezuela, así como los

correspondientes también a un temblor, en este caso acompañado de un tsunami, ocurrido en 1746 en Lima y Callao. Las versiones más acabadas de ambos fueron publicadas por Rogelio Altez (*Desastre, independencia y transformación. Venezuela y la Primera República en 1812*, 2015), Pablo Emilio Pérez-Mallaína (*Retrato de una ciudad en crisis*, 2001) y Charles Walker (*Colonialismo en ruinas*, 2012).

La revisión cuidadosa de estos estudios de caso exhaustivos, así como de otros muchos que han aparecido en artículos o capítulos de libro que hoy día conforman un vasto y rico acervo sobre desastres históricos, ha sido revelador en muchos sentidos. En primer lugar, ha permitido constatar que los desastres asociados con amenazas naturales, en este caso a los temblores, se deben a factores diversos, que en conjunto hemos englobado dentro de un concepto previamente mencionado y al que recurro de nuevo dada su importancia sustancial en los procesos de desastre: la construcción social de riesgos que, aunada a una creciente vulnerabilidad social, ha generado el ambiente propicio para desenlaces inolvidables en la historia mundial. Recurro ahora a un ejemplo muy ilustrativo, echando mano del método por excelencia de los científicos sociales, que es el de la historia comparada. Contrastemos simplemente los daños entre dos terremotos con magnitud de 8,1 en México: el del 7 de abril de 1845 (magnitud estimada) y el del 19 de septiembre de 1985. El del siglo XIX registró diecisiete personas fallecidas o lastimadas, mientras que en el de 1985 del siglo XX se hace referencia (oficialmente) a 6.500 muertes. ¿Qué es lo que mata, los sismos o los edificios?, se preguntaba el recordado sismólogo de la UNAM Cinna Lomnitz, en uno de sus libros titulado *Los temblores* (Conaculta, 1999). Nuestra conclusión, lanzada en la portada del primer libro que publicamos en LA RED (Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina), lo dice todo: «los desastres no son naturales» (Bogotá, LA RED, 1992).

La investigación histórico-social de los desastres en general y de los temblores en particular implica buscar, seleccionar, leer y analizar documentos diversos, dispersos en repositorios varios, que datan de tiempos remotos y que muchas veces requieren de paleógrafos expertos, de lectores especializados, como es el caso de los que transcriben la escritura pictográfica de los códices prehispánicos o coloniales tempranos. El ejemplo de Manila estudiado en este libro ejemplifica claramente lo anterior, pues su autora revisó una innumerable cantidad y variedad de fuentes primarias, sobre todo, pero también secundarias que le permitieron documentar el contexto y el evento asociados con el sismo de 1645. La riqueza y la diversidad de fuentes del libro de Paulina Machuca son notables. Quisiera hacer mención especial a algunos hallazgos invaluable para el estudioso de estos temas.

En primer lugar, mencionaré un documento clave para conocer los efectos materiales del sismo de Manila de 1645, cuatro cuadernos y 800 páginas que se localizan en una sección donde no suelen estar este tipo de datos y que no podría suponerse simplemente por su título: «Escribanía» (Número 404-A del Archivo General de Indias –AGI–, Sevilla). Fue algo similar a cuando yo escudriñé por primera vez en la sección de «Reales Novenos», en el propio AGI, donde no imaginaría que encontraría la riqueza que guardaba, con información detallada sobre lo ocurrido con los sismos en Nueva España, y que encontré descrita prolijamente en las solicitudes de apoyo a la Corona.

El segundo hallazgo que quiero destacar es el de un tratado de la época, seguramente poco conocido, un manual dedicado al tema arquitectónico, específicamente a la edificación de inmuebles religiosos en zonas sísmicas, y cuya influencia, al decir de la autora, fue indiscutible en la Nueva España. Me refiero al de Sebastián Serlio de 1566, del cual Paulina Machuca encontró un ejemplar en el acervo de libros raros de la Universidad de Santo Tomás, por lo cual incluye la imagen de su portada.

El tercer y último producto de su búsqueda documental que menciono y agradezco es la «Relación inédita del jesuita Francisco de Roa sobre el terremoto que sucedió en las islas Filipinas a 30 de noviembre del año 1645 a las 8 de la noche», que transcribe editado y anotado en el anexo 1 del libro. Solo 12 páginas que constituyen un ejemplo del tipo de narración de las vivencias personales de un testigo presencial del sismo.

Toda esa información histórica que el estudioso encuentra en los acervos debe ser redimensionada e interpretada para lograr comprender plenamente la realidad en que los desastres del pasado se desarrollaron, como decimos en el dossier que compila una serie de breves estudios precisamente sobre temblores históricos en los actuales territorios de Chile, Colombia, Ecuador, Guatemala, México y Venezuela, antes de que cada uno de ellos obtuviera sus respectivas independencias (Altez y García Acosta: «Terremotos, historia y sociedad en Hispanoamérica», *Temas Americanistas*, 2020). Es decir, debemos observar los eventos identificados no como hechos aislados, sino como parte del contexto en el que ocurrieron, y así podremos entender los procesos históricos de los que se derivaron tales desastres.

Las tres preguntas que planteé al inicio de este prólogo resultan bien resueltas en el texto de Paulina Machuca, me refiero a por qué es importante estudiar los sismos históricos, para qué estudiarlos y cómo hacerlo.

Las enseñanzas del estudio histórico-social de los desastres, en general, y de los sismos, en particular, han llegado a ciertos acuerdos con base en la información obtenida en estudios llevados a cabo tanto en Latinoamérica como en Europa y Asia, y se resumen en la siguiente frase: los desastres son

procesos históricos que implican una constante y persistente construcción social de riesgos. Pero también hemos encontrado que, en este devenir histórico, las sociedades no han sido agentes pasivos al enfrentar los desastres, sino que han generado acciones, prácticas, usos que hemos agrupado como estrategias adaptativas, culturalmente construidas en el curso de su interacción con el entorno. Aquí la memoria histórica resulta una herramienta fundamental que no se debe nunca soslayar.

Precisamente, uno de los objetivos perseguidos desde hace décadas, particularmente por quienes seguimos esa línea de investigación, ha consistido en reforzar lo que el ya citado historiador australiano Greg Bankoff enfatiza en su contribución a *The Routledge Handbook of hazards and disaster risk reduction* (Routledge, 2012): el pasado cuestiona nuestra noción de que las formas contemporáneas siempre son mejores que las técnicas y prácticas desarrolladas por pueblos y comunidades siglos atrás para hacer frente a las amenazas que los asolaban. Sin duda, comprender las raíces históricas de los desastres actuales, y así lograr identificar y analizar cómo se fueron construyendo los procesos que han incrementado la vulnerabilidad y el riesgo de las poblaciones en zonas expuestas a amenazas naturales recurrentes, resulta esencial para reducir los efectos asociados con estas y prevenir desastres futuros.

¿Qué enseñanzas tenemos después de leer de manera reflexiva el texto que nos ofrece Paulina Machuca? Para responder a esta interrogante, propongo hacer un recorrido por el propio libro.

Las cuatro grandes partes en las que está dividido son antecedidas de una introducción que toca la importancia precisamente de la historia en estos temas, tal como reza el epígrafe seleccionado, que destaca el estudio de los desastres como motivo de la historia. En esa introducción se resalta lo que nos mostrará el resto del libro: por un lado, lo determinante que es conocer a fondo el contexto y, por otro lado, el reconocimiento de que este, el contexto, da cuenta de que los desastres no son naturales, como lo he mencionado antes.

Al final de dicha introducción uno encuentra la descripción del contenido del libro por capítulos, con una bella y amena manera de introducir al lector en cada uno de ellos. A continuación, la autora lleva al lector al fondo de la historia que quiere y logra contar, la de Filipinas y sus certezas sísmicas, como ella misma las denomina.

Y así encontramos la descripción de lo que pocos estudios hacen en profundidad. Me refiero al porqué de la alta vulnerabilidad física de Manila, a partir de sus efectos y consecuencias con el temblor estudiado, derivada básicamente de la imposición de una determinada forma de construir, tanto por el tipo de materiales utilizados como por el estilo adoptado. La descripción al respecto da cuenta, como dice la propia Paulina Machuca,

de cómo eran las «casas nativas» y cómo aquellas «que implementaron los españoles», y es tan prolija y detallada que uno podría trazar un dibujo de las propias viviendas a partir de ella.

Es este el primero de los dos temas que abordaré en el recorrido al que les invito a lo largo del libro de Paulina: el arquitectónico. Temas que he seleccionado por su importancia en el texto, pero también por sus implicaciones como contribuciones al estudio histórico-social de los desastres.

Dedicarle a lo arquitectónico un amplio espacio en las dos primeras partes del libro se justifica y se agradece, ya que, como afirma la autora, no es posible «disociar los elementos arquitectónicos de la sociedad que los produce», y nos lo muestra a partir de una serie de fenómenos histórico-sociales que ha desarrollado la población filipina ante la presencia de determinadas amenazas naturales, particularmente sismos y huracanes, tifones o *bagyos* en el caso filipino. Fenómenos que hemos denominado estrategias de prevención y que, en sitios en similares condiciones de riesgo de exposición, no siempre se adoptan. Dichas estrategias, al ser culturalmente construidas, son producto, en efecto, de la sociedad que los produce, del conocimiento profundo de sus propias «constelaciones», como se hace referencia en documentos de la época del entorno celeste, atmosférico y climático. Y claro que existen variantes, a pesar de que a primera vista uno consideraría que se trata de sitios con similar exposición al riesgo de desastre. Pero, para entenderlo, es necesario escudriñar los documentos adecuados, pues nunca hay que olvidar que la memoria histórica es engañosa, se esconde, y hay que rastrearla siguiendo el olfato que el historiador de los desastres desarrolla en su devenir como investigador.

Esas largas y detalladas secciones dedicadas en el libro al tema arquitectónico resultan ser sumamente novedosas y sobre todo reveladoras. Ofrecen muy rica información que será de gran interés para los arquitectos históricos, para historiadores del arte y otros especialistas sobre cómo y por qué se dio esa «transición arquitectónica», como la denomina la autora. La experiencia demostró que con el temblor se cayó lo edificado en piedra, lo construido de acuerdo con las normas importadas, al no considerar lo ocurrido en sismos previos. Lo dicen los propios documentos de la época. La cita de la autora, extraída de la antes mencionada *Relación del horrible terremoto* del jesuita Francisco de Roa, resulta contundente:

Las casas de los indios no entraron a la parte del daño porque son de cañas, bejucos y nipas, sobre arigues de madera fuerte y otros materiales que Dios crió en estas partes, acomodados a su cortedad, todos los cuales cediendo al rigor del terremoto desvanecieron su batería, que a un enemigo poderoso el mejor modo de resistirle es no hacerle resistencia, porque solo combate a quien le resiste.

CATEGÓRICA Y DEFINITIVA

Pero resta la pregunta sobre qué hacer en un lugar donde lo de madera es presa de incendios y lo construido con piedra se derrumba con los temblores. La reparación de los edificios dañados llevó décadas. Lo que sí es innegable, como señala Paulina, es que el sismo de 1645 «significó un punto de inflexión en la forma de construir las edificaciones, y las reflexiones obligaron a plantear nuevas políticas de construcción». Esto lo asocia con lo que denomina, adecuadamente, la gestión del desastre y que vincula con tres respuestas: la convocatoria a cabildos abiertos, el sostén de las sedes y encomiendas vacantes, y las nuevas políticas de construcción. Ya que estamos haciendo referencia a modelos arquitectónicos y materiales utilizados, detengámonos un momento en esta última respuesta. «Manila no es tierra para bóvedas» es el título de uno de los apartados, pues los temblores deben servir como «escarmiento para moderar y asegurar edificios de piedra», advertía otro jesuita, Francisco Colín, haciendo alusión a eventos telúricos anteriores en la región en 1599 y 1600 que no sirvieron como ejemplo. ¿Es tan corta la memoria histórica?

El segundo tema que abordaré en el recorrido por el libro es el de la comunicación. Lo dilatado que era recibir respuestas de la Corona ante peticiones de apoyo debido a daños provocados por amenazas naturales en sus colonias —un tema fascinante que también explora la autora y que se refiere a la comunicación «fracturada» y a las distancias insondables, entre otros temas— se refleja en la respuesta que la Corona dio a las solicitudes por parte de las autoridades manileñas. Carlos II expidió una real cédula en 1677, veintidós años después del temblor, ordenando que «la reedificación de iglesias [en los pueblos de indios en Filipinas no se hiciese] de ladrillo y piedra [sino] de caña, nipa y arigues», es decir, regresar al uso de «materiales ligeros propios de la casa nativa filipina». La cédula real no se cumplió, era material indigno para un recinto religioso... La disociación de la arquitectura con la sociedad que los produce continuó y en el temblor de 1658 hubo de nuevo derrumbes de edificios de piedras, acompañados de víctimas, muchas de ellas anónimas. Pero Paulina Machuca relata otras medidas arquitectónicas que al parecer fueron resultados de las experiencias sísmicas en Filipinas, como por ejemplo contrafuertes en los costados de las iglesias, edificar estas más bajas y más anchas y con paredes laterales más gruesas, entre otras. Existen ejemplos similares en otros espacios de la América colonizada que convendría registrar. Por lo que toca a las construcciones civiles, las escasas referencias parecen dar

cuenta de una continuidad con los sistemas originales, más flexibles ante los temblores resultado de la experiencia acumulada por generaciones en la población local.

Acudir con frecuencia a especialistas que han estudiado temas cercanos o paralelos resulta un acierto: a Jean Delumeau para hablar del miedo, de los miedos distintivos y desiguales que se manifiestan después del sismo; a Stephen Tobriner, especialista en temblores históricos y reconstrucción en Noto, Sicilia, que ha escrito abundante y brillantemente sobre ello; a Guillaume Gaudin, al referirse a lo que él ha denominado el «imperio de papel», retomado de manera atinada en el texto y en referencia a esa comunicación fracturada entre la metrópoli y las colonias. Un asunto, este último, en el que quisiera detenerme, por la importancia que ha cobrado en los últimos tiempos en investigaciones relacionadas con la gestión del desastre dentro del ámbito que cubría la Monarquía Hispánica.

Al respecto, la autora se apoya en los trabajos recientes que ha liderado el historiador italiano Domenico Cecere. Las estrategias de comunicación después de los sismos ocurridos en las posesiones españolas, que incluían recolección, compilación y, sobre todo, divulgación y difusión de las noticias recogidas, constituyen factores esenciales para poder entender la forma diferenciada y desigual en que se gestionó ya no digamos la emergencia, porque las respuestas a las peticiones llegaban no meses, sino años más tarde, sino el desastre como proceso que continuaba años después de que se presentara un sismo. Por eso resulta tan interesante conocer con detalle cómo se desarrollaron esos procesos de control de información y comunicación en ese «imperio de papel» gaudiniano que incluía territorios con alta sismicidad, como Guatemala, Lima, Manila, México...

¿Qué pasó con este asunto en Filipinas después del sismo de 1645? La información, después de pasar por el filtro de la Nueva España, podía tardar meses y hasta años en llegar a la metrópoli. En el caso de Manila, la monarquía se enteró del sismo ¡tres años después!, en diciembre de 1648. Lo mismo ocurrió con la respuesta de las autoridades virreinales o metropolitanas. El apoyo de parte de la Nueva España nunca llegó, el gobernador de Filipinas en 1650 se quejaba de la falta de apoyo del virrey, cinco años después de ocurrido el sismo. Y de parte de la metrópoli, la real cédula a la que hice referencia antes arribó en 1677.

Las escabrosas rutas que unían Manila con Acapulco y luego con Madrid, considerando en el ínterin, por un lado, guerras, piratería, acuerdos y desacuerdos con las potencias del momento por la propiedad de los espacios, y, por otro, la propia naturaleza: vendavales y tifones, «suertes de

mar» y la temporada de monzones, todo ello detalladamente descrito por la autora, definían la fecha de zarpar, el tiempo y la aventura del traslado, los cambios de ruta y, en suma, las condiciones y el tiempo que había que invertir en la travesía. El detalle del relato de cómo llegó la noticia del sismo de Manila a Madrid, en diciembre de 1648, es verdaderamente, como se suele decir en lenguaje coloquial, «de novela».

Esta comunicación del desastre, relacionada con la obtención, circulación, envío y recepción de noticias por parte de las instituciones coloniales y metropolitanas, constituye, como reconoce Paulina Machuca, un elemento nodal para poder evaluar cómo se llevaba a cabo la gestión del desastre a diferentes niveles, los mismos que incluso rebasaban las vías oficiales. La que ella denomina «comunicación imperial del desastre» da cuenta de los frágiles lazos que unían a Filipinas con el resto de la Monarquía Hispánica, a diferencia de lo que ocurría con otros dominios, también lejanos geográficamente, como Nueva España o Perú. Filipinas y el resto de las posesiones que mantuvo el Imperio español en Asia y Oceanía entre los siglos XVI y XIX eran posiblemente los territorios más alejados de la península ibérica.

En un artículo actualmente en prensa discuto la hipótesis de que justamente esta respuesta de las autoridades civiles locales ante episodios extremos asociados con amenazas naturales fue cada vez más endeble, lenta e ineficiente, derivada del debilitamiento de la presencia de la Corona en sus dominios; todo ello, aunado a otros muchos factores, constituyó un elemento que se sumó a aquellos que condujeron al estallido de la guerra de la Independencia (García Acosta: «Decide, apply and communicate: The colonial administration in Mexico faced with extreme weather episodes», en Cecere y Tucillo (eds.): *Times of emergency, Communication and Politics in the Hispanic Monarchy (16th-18th century)*, 2013).

En suma, la comunicación relacionada con desastres, tanto de ida (información) como de vuelta (respuesta), fue cada vez menos eficaz, y esto al parecer ocurrió en todo el reino, tanto en dominios cercanos como en aquellos más alejados de la península ibérica. De Nápoles la información podía llegar a Madrid en una semana, pero al otro lado del Atlántico, como el caso de Manila mencionado, podía tardar años. Los estudios que actualmente se están llevando a cabo en la Universidad de Alicante sobre noticias en periódicos españoles de desastres ocurridos en diferentes partes del mundo, su periodicidad, contenido, manejo y, en el caso que ahora tratamos, la temporalidad en su recepción y atención, resultarán muy esclarecedores al respecto (Berná: *Prensa y «desastres» en el Mercurio Histórico y Político –Mercurio de España (1738-1830)*. Tesis doctoral en proceso en la Universidad de Alicante).

Muchos más temas y problemas, preguntas y respuestas encontramos en esta excelente obra. Como dije en un principio, se trata de una lectura que entrará a formar parte importante de los acervos de la literatura sobre sismos históricos, sobre estudios histórico-sociales sobre desastres, sobre Filipinas y su historia vista a través de una lente privilegiada: la de los temblores ocurridos y reveladores de realidades que, de otra manera, hubiera sido muy difícil descubrir.

VIRGINIA GARCÍA ACOSTA
Ticumán, Morelos, septiembre de 2023

«Paulina Machuca sostiene elocuentemente que los desastres no son naturales, sino que son un producto social. El desastre de 1645, cuando un gran terremoto destruyó tres cuartas partes de Manila, tardó setenta años en gestarse. El colonialismo español transformó un asentamiento de paja y madera en una ciudad de piedra y tejas, haciéndolo aún más vulnerable. Este fue un proceso que se repitió, en mayor o menor medida, en todo el archipiélago. Machuca cuenta esta historia con detalles convincentes: la tragedia de esa fatídica noche, la forma en que se reconstruyó la ciudad, las lecciones aprendidas o desaprendidas, cómo la población local aprovechó la oportunidad para rebelarse contra los intrusos del otro lado del océano y las razones por las que la gente pensó que ocurrió el terremoto. La historia de Filipinas, sostiene, está estrechamente ligada a sus propiedades sísmicas. Es una historia fascinante y ella la cuenta con gran erudición y perspicacia. También es una contribución importante a la historia moderna temprana de Filipinas y la de España en el Pacífico. También hay lecciones, afirma ella, en esta historia a las que haríamos bien en prestar atención en el mundo demasiado frágil de hoy. Me inclino a estar de acuerdo con ella».

(Greg Bankoff,
autor de *Cultures of Disasters: Society
and Natural Hazards in the Philippines*)



Arcón filipino del siglo XVII.

Museo José Luis Bello de Puebla.

214



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality